

El techo de mi habitación

Mónica Lavín



¿QUIÉN ERA YO EN 1974? Recién egresada de la prepa y con una vocación confusa, creí que lo que quería estudiar era nutrición. Me gustaba la ciencia, me gusta. Su inclinación por lo preciso, por la belleza que deriva de su aspiración a lo exacto, por la comprobación causa efecto que obliga a la lógica. En la prepa me gustaba competir con Enrique Barrios en los ejercicios de matemáticas. Había que llevar el cuaderno al frente en cuanto terminaras de resolver las ecuaciones. Le hubiera metido el pie a Enrique para que no fuera el primero en entregar. Tan confuso él como yo, que eligió

matemáticas en la UNAM y luego la abandonó por dirección musical. Tal vez eran los profesores de la prepa los que hacían que uno veleteara entre las pasiones del conocimiento. Escogí área dos: químico biológicas, no porque los animales o las plantas me fascinen ni porque tenga un afán coleccionista (aunque debo admitir que las piedras y las conchas, los fósiles —lo mineral— y las libretas, siempre me han llamado la atención).

Corrían vientos de libertad. A pesar de que los Rolling desgarraban el aire con su *I can't get no satisfaction*, yo pretendía lograrla. Y también asumía que estaba en mis manos, cuando la familia además insistía en que había que hacer lo que nos gustaba. Mis padres habían construido un negocio de artículos de piel y tenían algunas tiendas de muy buen gusto, aunque mi madre era dibujante (había estudiado Decoración de interiores porque mi abuelo no la dejó ir a San Carlos) y mi padre tal vez hubiera querido ir a la universidad. Eran los años dorados de la Zona Rosa y allí estaba Antil, remodelada con el acierto de Andrés Casillas, y donde mi hermana y yo atendíamos en navidades tras la cómoda de sacristía que hacía las veces de mostrador. No estaba en discusión si nos dedicaríamos al negocio familiar. Ni siquiera fue una consideración entre mis confusiones: yo iría a la universidad (y no me tendría que preocupar por comprarme bolsas o cinturones que se fabricaban en casa).

Eran también los años en que comenzaba el culto al cuerpo, a la salud; los californianos comiendo lo más naturalmente posible, corriendo tostados por el sol de sus latitudes, y el papá de mi novio regalándome libros que señalaban los horrores de las harinas y azúcares blancas. Yo comprándome un libro sobre la vitamina C, del Premio Nobel Linus Pauling, y de allí a la estructura de las proteínas. Me entusiasmó saber que las enfermedades de los marinos que viajaban sin cítricos tenían un trasfondo molecular. Lo que comíamos importaba, yo quería saber sobre la bioquímica de los alimentos. ¿Pero dónde? Primero intenté ser aceptada en una universidad de Estados Unidos, pues venía de una escuela

bilingüe. UC-Davis ofrecía esa licenciatura. Un día llegó a casa el sobre con mi aceptación y los costos de la colegiatura y la manutención aproximada. Antil no daba para tanto. Y descarté la opción. (Años después como escritora fui invitada por Juvenal Acosta a un encuentro de escritores en dicha universidad. Cuando vi las vacas con claraboyas en el vientre, para que los estudiantes se asomaran a sus aparatos digestivos, estuve cierta de que el camino que había tomado me gustaba más).

La Ibero ofrecía algo que podía ser atractivo, pero cuando visité la universidad noté que Kellogs y Gerber me esperarían con los brazos abiertos para trabajar en tecnología de alimentos. No, yo quería saber qué ocurría fisiológicamente con un pedazo de lechuga o un taco de frijoles cuando entraban a nuestro cuerpo. Entonces apareció en el horizonte una marquesina inesperada: una nueva universidad, la Universidad Autónoma Metropolitana —que muy pronto fue la UAM o la Metro en el léxico cotidiano—, donde en el plantel Xochimilco ofrecían la licenciatura en nutrición. Respiré, como varios de mis compañeros de generación que nos repartimos en los tres planteles. Hice el examen y aún nostálgica de prepa, en los meses que mediaban para el ingreso, me fui con mi amiga Guadalupe Quintana a Europa de la mano de la guía *Europe on 5 dollars a day*.

Regresé en noviembre (mi madre hizo las gestiones administrativas, vaya lata que le di) con la UAM ya arrancada, a pesar de que Xochimilco fue la que empezó actividades más tarde. Eran días de volcanes al sur oriente de la ciudad, que era la dirección que uno tomaba para llegar a la unidad. El transporte nos dejaba en un punto donde otras camionetas nos llevaban por caminos de tierra entre las milpas, hasta el predio donde aún pacían las vacas muy cerca de los canales abiertos.

Recuerdo que el primer mes usaba botas con agujetas. Las había comprado en la calle de Saint Michael en París, muy baratas. Algunos me preguntaron de dónde eran mis botas. No me atreví a decir la verdad. Había entrado en un mundo distinto, no sólo por los gallineros, como les llamamos a las aulas de material

prefabricado donde cursamos el tronco común, sino por la diversidad social y regional que aquel mundo llamado universidad pública supuso. No estaba preparada para ese viaje. Había vivido en el vientre protector y prolongado de una escuela desde la primaria hasta el bachillerato. Por más abierta que me considerara respecto a mis compañeros, por más hija de exiliada de la guerra civil española y de padre liberal, lo cierto es que me había tocado vivir en un nicho estrecho y privilegiado de la realidad del país.

Al poner un pie en la UAM me asomaba a un México vasto, injusto, contradictorio y fascinante; a esa realidad que debíamos transformar como se sentó en el discurso pedagógico de un sistema modular que resultaba retador y extraño. Nos exponía a la discusión y a la crítica; pero no todos estábamos armados de la misma manera, ni siquiera los maestros. Cuando dirigía un maestro, sin importar su disciplina, con un espíritu integrador, abierto en la elaboración del análisis y conclusiones, era maravilloso (recuerdo a Marco Julio Linares). Si no, era un pantano poco transitable. Quizás la UAM-X pecó en su comienzo al arrancar un sistema sin una apropiada inmersión de los profesores. Pero había que empezar; y cuando me vuelvo hacia mi alrededor, sé que la UAM creció bien, que se hace investigación de punta y que tiene un lugar respetabilísimo entre las universidades del mundo.

El tronco común tan lleno de Martha Harnecker y lecturas teóricas de pedagogía, epistemología, economía y otras que he olvidado, los estudiantes que venían de Cuautla, Caborca, Tuxtla y los que no habían salido nunca del país, el mundo confortable que había dejado atrás, me tuvieron en el destanteo. Volvía a casa, me tumbaba en la cama y miraba el techo de vigas de mi habitación. ¿Qué hacía yo allí? ¿Dónde estaba el mundo cálido y la dinámica escolar que conocía? Pero en el tronco divisional las cosas cambiaron, el laboratorio de bromatología donde analizábamos alimentos, profesores como Avedis Aznavurian, experto en comportamiento animal, o Lina Bettucci, en biología celular, hicieron que empezara a dar vuelta a la tortilla.

Si en aquellas disipaciones en las vigas de la casa me había preguntado si no era mejor estudiar letras en

la UNAM, pues ya me gustaba escribir, empecé a sentir que el mundo donde había puesto un pie era inmenso, atractivo, y que yo era una pieza clave en él. La UAM hacía sentir tal cosa. Sobre todo porque empezaron las visitas a las comunidades aledañas, las encuestas y las tomas de muestras; en el cultivo de heces pudimos distinguir las bacterias y las amibas. Y eso era la realidad, no un cuento. Estaba a la vuelta. Había pobreza, falta de higiene, de información, riego con aguas negras: amibiasis. Yo estaba siendo testigo. El techo de casa se descapotó, tuve curiosidad y el dulce poder de ser una estudiante en un modelo educativo innovador, acorde al espíritu de los años setenta, en una ciudad tan grande como la mía. Por eso, cuando finalmente en el segundo año entramos al área de nuestro interés, y como nutrición no figuraba en la oferta curricular y la disyuntiva fue medicina o biología, no tuve duda. Quería seguir en la UAM, y biología, inclinada al manejo de recursos naturales, a la exploración de los ecosistemas y sus maneras de uso y cómo mejorarlos en nuestro país, me pareció bien. Por más que me asaltaban las dudas cuando regresaba del taller de Mempo Giardinelli donde había confrontado los cuentos que escribía, en cada salida de campo para estudiar la biodiversidad de Atenco en el ex vaso de Texcoco, o la población de tilapia de la presa Miguel Alemán, o las salinas de Tehuacán, o los cañaverales de Córdoba, o las pesquerías de Ensenada, mi curiosidad se estimulaba, y la UAM, el departamento del Hombre y su medio ambiente, y los profesores apasionados como Joaquín Díaz Garcés que se volvió nuestro tutor, Filiberto Vega, o Antonio Díaz Flores que nos hacía tocar, oler y probar la tierra para reconocer sus diferencias, o Carlos Vilchis y Juan Manuel García, que usaban las matemáticas para modelar o medir, me tenían atrapada en la camiseta de bióloga. Tan atrapada como en el basquetbol que practicábamos en las canchas junto a los gallineros, donde José Luis Velásquez nos entrenaba para competir (como ranas que éramos) con las otras Unidades; y así cuando se armó la selección entre las tres Unidades, fui capitana del equipo UAM representándola en un encuentro Nacional. Nos fue mal en el tablero, es cierto; pero en la cancha nunca va mal. Me gustaba cada entrenamiento, cada juego, mis

amigos eran los basquetbolistas del equipo de hombres y las del femenino.

En los años de la UAM viví en dos canchas: la de la biología y la del basquetbol. Y una tercera y muy privada, la de la escritura, donde más tarde irían a parar las otras dos (mi novela, *La más faulera*, me permitió *driblear* de nuevo). Tanto era mi apego por la universidad que di clases, apenas egresada, a la generación que recién entraba. (Se emborrachaban en las salidas de campo, se echaban a remar en Atlahuilco, en Tlaxcala, y yo no sabía qué hacer. Varios se volvieron mis amigos. Algunos siguen siendo biólogos.) También concursé por una plaza en tiempos en que las maestrías no eran requisito indispensable. Un día me encontré el telegrama que venía de la UAM bajo la puerta de la casa en Coyoacán: “La plaza fue declarada desierta”. La ira me persiguió un largo rato: como habíamos sido dos los egresados que concursamos, me parecía que aquello era una manera en que la universidad se descalificaba a sí misma. Me divorcié de ella un buen rato. (Volví quince años después, invitada por Bernardo Ruiz para trabajar como editora de la revista que ahora guarda este testimonio.) Supe que la discusión en un jurado dividido en facciones, como sucede a menudo en las academias universitarias, había llevado a esa decisión. Ninguno de los tres que concursamos fuimos considerados aptos.

Ahora sé que debo a esas cinco palabras de un telegrama (creo en el poder de las palabras) replantearme el camino, coquetear con el periodismo científico, aspirar a una maestría que nunca seguí porque trabajando en el Instituto de Ecología, en el seno de la bellísima Reserva de la Biósfera del Bolsón de Mapimí, me di cuenta que yo estaba más cerca en el ánimo de lo que hacía el grupo de periodistas de ciencia —que había venido de otras partes del mundo y a quien yo atendía— que en el de mis colegas. Los vi apuntar, preguntar, mirar. Eso era lo que yo quería hacer.

Y ahora que han pasado cuarenta años del momento en que un México que no conocía se abrió generoso y complejo a través del umbral de la UAM, y la experiencia de la universidad pública, innovadora, que trabajaba sobre problemas tangibles fue mía, sé que la palabra escrita da cabida a lo vivido, que en las páginas caben las escamas de peces que delatan su edad y los naufragios en la Blanquilla. Sé que preguntar, mirar, apuntar e imaginar es mi vocación, y que los años de la universidad cincelaron mi forma de vida. Se que el día que renuncié al Instituto de Ecología y empecé a trabajar en la revista *Chispa* y en *Ciencia y desarrollo*, y junté mis cuentos en un primer libro que se llamaría *Cuentos de desencuentro* estaba cruzando otro umbral. Uno que sería otro sin el intenso habitar la casa abierta al tiempo. Ser primera generación de la UAM es un privilegio. **▲▲▲**

La Unidad Xochimilco de la UAM en 1974.
Fotografías: Centro de Información y Documentación Histórica UAM

